

Lucía Sánchez Saornil

*Romancero
de
mujeres libres*



LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL

**ROMANCERO DE
MUJERES LIBRES**



Edición original: Publicaciones de Mujeres Libres
julio de 1938

Edición digital: Anarquismo en PDF
mayo de 2022

*A los que cayeron
Por la Libertad*

ROMANCE DE «LA LIBERTARIA»

María Silva por nombre
ya era un romance certero.

*
**

María Silva traía
los grandes ojos ardiendo,
muda su lengua andaluza,
pálido el rostro moreno
y un espasmo de terror
por las entrañas adentro.

*
**

Estampa de noche trágica.
Benalup, en su recuerdo,

raía como una lima
la carne de su cerebro;
cerebro de niña pobre,
sin pan, sin libro y sin credo.

**

En una disputa trágica
gritan la llama y el viento;
rayan la noche fusiles
con resplandores siniestros
buscando al hombre en el monte
como el lobo carnicero.

**

Dieciséis años tenía
María Silva incompletos.
¡Ay, María Silva Cruz,
nieta del bravo «Seisdedos»,...
tus piernas de corza joven
hacen competencia al viento!
¡Corre hacia los negros campos;
corre viva, corre presto;
salva tus dieciséis años,

tu vida en flor, que aún es tiempo!
Salta las tapias enanas,
busca refugio en los cerros;
chacales con voz humana
siguen tu rastro sangriento.
¡Corre, María Silva, corre!
Y el sol la alumbró corriendo
por caminos de Jerez,
duros de noche y de invierno.
¡A la zaga iba el destino
como una fiera al acecho!



En cárceles tenebrosas
—Cádiz, Sevilla— murieron
como dieciséis jazmines
dieciséis años parleros.
Alguaciles y escribanos
—jeta asquerosa de puercos—
olisqueaban tu carne
y tu pobreza, sabiendo
que el hambre es la celestina
mejor de sus trapicheos.
¡Pecado tus ojos grandes,

aún abrasados de incendio,
tu dulce lengua andaluza,
tu labio tímido y fresco!
¡Pecado con que soñaban
sus apetitos sin freno!
Un incentivo tu llanto,
mejor que un dique a su sueño.
Y la flor de tu inocencia,
aguijón de su deseo.
Fuera botín descontado
tu carne, carne del pueblo,
si en la sombra no velaran
como dos puntas de acero
—carne de tu misma carne—
un afán con ojos negros.
Quebró el destino su vara
y te miró con respeto.
¡Ay, María Silva Cruz
(«Libertaria», por tu abuelo),
qué poco dura la dicha!
¡Qué poco dura!, ¡ay! El tiempo
mide con varas distintas
una alegría y un duelo.



Apenas tuviste un dulce
collar de brazos morenos,
roncos cañones tronaron
sus tempestades de hierro;
Atila picó de espuelas
su raudo potro siniestro;
sobre los campos de España
la sal del odio vertieron,
porque no dieran más pan
que el pan de su privilegio.
Se desbordaron de sangre
el Guadalquivir y el Ebro;
torrentes rojos teñían
montes, collados y oteros;
y a la luna subió el grito
de guerra del pueblo ibero.



—¡A las armas!, camaradas,
¡a las armas!, que lo perros
han quebrado sus carlancas.
¡A las armas! ¡Rompan fuego!

Lucha cruel han trabado
la aristocracia y el pueblo,
y en revuelto amasijo
de carnes rotas y nervios,
rugen por tierras de España
cada uno por sus fueros.
¡Camaradas, a las armas!
¡El grito deshizo el cerco
adorable de los brazos
y quedó desnudo el cuello!



Sola, no, que ya reclinas
un sueño de oro en tu pecho;
aún tienes una sonrisa
que devuelve su reflejo.
¡«Libertaria», has de ser fuerte!
María Silva, ¡de hierro!
Pedazos de tus entrañas
necesitan tus alientos.



Látigos hienden la noche.

—Corazón mío, es el viento...

Y María Silva canta:

—«Duerme..., nanita..., arrapiezo».

Puños de gigante baten

la puerta del aposento

y la noche entra de pronto,

negra de horror y misterio.

—Ráfagas de fuego arrancan

desgarrones de silencio—.

¡Ay, María Silva Cruz,

carne dolida del pueblo!

Rugió brutal el destino,

—¡Al fin, María Silva! ¡Fuego!

*
**

¡Ay!, María Silva Cruz

(«Libertaria», por tu abuelo),

¡carne de tu misma carne,

Te vengará el pueblo ibero!

¡MADRID, MADRID, MI MADRID!...

¡Madrid, corazón del mundo!
—no ya corazón de España—
como túnica de Cristo
malhechores te desangran.
¡Ay, rondas de mi Madrid,
ríos de sangre y de lágrimas!
Tus noches no son tus noches
llenas de luz hasta el alba;
son pavorosos abismos
en cuyas negras entrañas
revientan frutos de fuego
maduros de vieja saña.

*
**

¡Madrid, de los arrabales,
río de sangre y de lágrimas,
abre la tumba a tus muertos!

—¡A nosotras, Malasaña!—
Van las mujeres rugiendo,
trémulas de fiebre y ansia,
galopando en potro de ira.
con las manos desplegadas
a la busca en campos de odio
de amapolas de venganza.
¡Madrid, corazón del mundo,
corazón que se desangra!...
Por la Puente de Segovia
sube de cara al Alcázar
entre rancos alaridos
el pueblo pidiendo armas,
—¡Madre, madre, me han matado
al hijo de mis entrañas!
—Anoche dejé a mi padre
quieto el corazón, sin habla,
boca arriba en el arroyo
buscando un cielo· sin alba.
—¿A dónde vas, compañero?
—Deja, mujer, que me vaya;
no tengas celo de nadie,
que es la muerte quien me aguarda
para jugarse conmigo,
firme el pulso y cara a cara,

la vida de mi Madrid
que tiene preso en sus garras.
—Voy contigo, compañero,
los dientes tengo y me bastan.

*
**

—¡A mí los del Avapiés,
Curtidores y la Caba;
los mozos de pelo en pecho
dispuestos a lo que salga.
Por las puertas de Toledo
va en aluvión la «canalla»
en busca del enemigo
ciegos los ojos de lágrimas,
prietos los dientes de ira
chocando al aire las armas.
¡Madrid, Madrid, mi Madrid,
haremos una muralla
de carne humana y de fuego,
y a ver qué guapo la salta!

*
**

Todas las horas del día
están cortadas de alarma.

Cruzan veloces las calles
campanas precipitadas,
sirenas agudas gritan
en la noche ciudadana
y contra un terror obscuro
los sueños rompen sus alas.
Debajo de las estrellas
los negros aviones cantan,
serpientes de traición silban
que hasta a la muerte acobardan.
La cuna que acuna al niño
no por ser cuna se salva;
y crujiendo en sus raíces,
muda de terror, la casa
alarga sus escaleras
y hace más honda su entraña.
¡Contra el cielo ennegrecido,
pegan su lengua las llamas!

*
**

¡Muchachos, al parapeto!
donde Madrid os reclama.
¡Adelante las mujeres!
¡adelante!, ¿quién se tarda?

Una hora vale un año,
un minuto, una semana.
¡Hagamos muros de carne,
y a ver qué guapo los salta!

¡AY, RINCONCITO DE ASTURIAS!

¡Ay, rinconcito de Asturias,
cuna de la España madre!
—cada hombre vale por cien,
cada «mauser», por cien «mauseres»—
Con el mapa ante los ojos,
busco tus rutas de sangre,
aun sin conocer tus cielos,
ni tus vegas, ni tus valles...
sólo esa cosa tan fría
—manos de delineante—
que he de encender con la lumbre
de mis ojos para hallarte.

Por aquí van los mastines...
—quieto, corazón, no estalles,
nada importan sus colmillos,
si está el minero aguardándoles—.
Por aquí vuela la muerte
ceñida de estrellas... —¡madre,
qué hombres, los hombres de Asturias!—
A los pájaros más grandes,

porque les roban más cielo
y más ensueños lunares,
y más miradas de novia
son a los que han más coraje;
y con una bala chica
como un meñique, mi madre,
—corazón de su fusil—
les basta para matarles.

Mapa que me desesperas,
laberinto inextricable
de líneas rojas y azules
y nombres indescifrables,
quisiera ver tu papel
retorcerse, chamuscarse...
¿Mi mano está sobre ti
y no te quema? ¡ay, arde!
¡Arde, que yo quiero verlo,
mapa de Asturias, cobarde!
Tú no retratas la Asturias
donde mis hombres se baten
en cuatro palmos de tierra
hechos corazón gigante.
...¡Ay, rinconcito de Asturias,
cuna de la España madre!

¡Mientras en ti aliente un hombre
nadie podrá esclavizarte!
Tengo puesta en ti tal fe,
tal firmeza inquebrantable,
que va mi vida en apuesta,
si alguno tiene coraje.

ROMANCE DE LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LA LAVANDERA DEL GUADALMEDINA

I

¡Adiós las aguas del río
camino de la mar brava!
adiós las aguas crueles,
cuchillos que se afilaban
en la piedra del invierno!
¡Manos mías traspasadas!

¡Adiós las duras orillas
que me miraron esclava,
la rodilla hincada en tierra,
arco agobiado la espalda,
arrojar a la corriente
con ignorancia heredada,
hora por hora, una vida
sin florecer, agostada!
¡Ay, río Guadalmedina,
cauce de penas amargas!
¿Tuviste como otros ríos

nocturnos de lunas claras,
pájaros de amanecer,
chopos vestidos de plata,
cielo cuajado en remansos,
flechas de sol en el agua?

Ay, río Guadalmedina,
¿para quién eran tus galas?
¿Dónde esas vegas floridas
y esas veredas románticas
que andan siempre con los ríos
disputándose distancias?
¡Ni espejo quisiste ser,
ni espejo para mi cara
si nacía una sonrisa
robando sal a mis lágrimas!
¡Siempre estuvo el agua turbia
debajo de mis miradas!

¡Ay, río Guadalmedina,
cauce de penas amargas!
¿Quién ha dicho que los ríos
tienen flautas encantadas
que tañen en los crepúsculos
con lenguas de viento y agua?

¡Ay, dolor! dolor del río
sobre mi cuerpo y mi alma
—frío, dureza, fatiga,
hambre, sudor, ignorancia—.
¡Ay, río Guadalmedina,
cauce de penas amargas!

II

—Cambié ropas de «señores»,
batistas finas y claras
por ropas de miliciano
oscuras y ensangrentadas.
¿Qué pecado han cometido
mis pobres manos esclavas?
Cambié de ropa, buen juez,
que también los tiempos cambian.

Sangre y sudor como Cristo
los hijos del pueblo daban.
¡Si yo supiera por qué!...
¡Maldición de mi ignorancia!,
tan sólo sé que eran carne
de mi carne atormentada.
Esto es lo que sé tan sólo,

de lo demás no sé nada.
El río era el mismo río,
turbia como siempre el agua,
las mismas duras orillas
y la misma hambre insaciada.

Y o no sé nada, buen juez.
Estoy loca de palabras
y nadie acierta a decirme
por qué los hombres se matan.
Eran de mi misma carne...
¿Es esto una cosa mala?
Ayer lavé ropas finas,
hoy ropas ensangrentadas.
Si me sacan de ahí, buen juez,
no comprendo una palabra.

El juez se encogió de hombros;
huyó mirarla a la cara.
Para escarmiento de pobres
ha mandado fusilarla.

III

Caliente de sangre está
la hora más fría del alba,
de estupor cuajado el aire,
la conciencia desvelada
y el sueño, rotas las venas,
vigilante en las ventanas.
Siegan cuchillos de miedo
las voces en las gargantas.
¿A dónde va Encarnación
Giménez, altiva y pálida,
una pregunta en los labios
que nadie ha de contestarla
y una escolta de fusiles
con bayoneta calada?
Sólo la luna la sigue
desde los cielos del alba
y el río Guadalmedina.
crecido de sangre y lágrimas.

Ya está la tapia alevosa
traicionándole a la espalda.
La van a matar por pobre
—cosa ruin de la «canalla»—.

Justicia que manda hacer
código de aristocracia.
Pobres del mundo ¡acorredla!
¡suene clarín de batalla!
¡Abajo todos los códigos,
corran veloces las llamas!
¡cayó Encarnación Giménez
bajo un huracán de balas!
Si hundir el mundo precisa,
derrúmbese noramala!

¡En pie los pobres del mundo
en torrente desbordada!

EL 19 DE JULIO

La vida se paró en seco
—fue en el tiempo de la siega—;
la canción del labio mozo
se trocó en dura blasfemia
y la hoz dejó en el surco
una interrogante abierta.

La vida se paró en seco
en la ciudad y en la aldea;
se enfrió el horno del pan
y sobre el trigo la muela
se inmovilizó de pronto
sin acabar la tarea.
¡Descansó el macho en el yunque
con un apagón de estrellas!

**

¡La vida se paró en seco
cuajada en gritos de alerta!
Aulló el hambre; despertó

la legión de la miseria,
husmeó el aire cargado
de electrizadas centellas
y un puño gigante en alto
contó minutos de espera.
De Este a Oeste y desde el Norte
al Mediodía de Iberia
corrió el «alerta» del paria
al acecho de sorpresas.
¡Cuidad los hombres del llano!
Los de la montaña, ¡alerta!,
los que en la huerta se afanan,
los que junto al agua sueñan.
¡Aquí los descamisados
firme el puño en la herramienta,
que herrumbre de viejos hierros
nos amaga las muñecas!
¡La vida, toda, tembló
de temerosa impaciencia!

*
**

¡Júbilo de los esclavos!
Las noches eran espléndidas;
iluminadas de rojo,

sonoras de voces. Eran
como esa canción sin nombre
que el viento arranca a la selva
sacudiendo hasta la entraña
del árbol bajo la tierra.
Eran crepitar de llamas
despeño de torrenteras,
silbidos entre relámpagos,
muerte y vida en recia mezcla.

Y en medio del torbellino
—boca pegada a la tierra—
Va un suspiro... —Hermano, oye... —
(Están en sombra y se aprietan
las manos tímidamente
sin que ayer se conocieran).
—Mi madre quedó llorando,
cuando me marché, de pena,
creída en el desamparo
si mi muerte acaeciera.
(¡Júbilo de los esclavos,
júbilo! La boca negra
del fusil crea en la noche
una ráfaga de estrellas).
Y la voz... —lleva a mi madre,

si yo caigo, esta certeza:
que aquí dejo mil hermanos
valientes que la defiendan,
hijos de su misma entraña
aun cuando no los pariera.



¡Júbilo de los esclavos!
En julio rojo la tierra
como un vientre estremecido
recibió la siembra nueva.

ROMANCE DE DURRUTI

¿Qué bala te cortó el paso
—¡Maldición de aquella hora! —
Atardecer de noviembre
camino de la victoria?
Las sierras del Guadarrama
cortaban de luz y sombra
un horizonte mojado
de agua turbia y sangre heroica.
Y a tus espaldas Madrid,
el ojo atento a tu bota,
mordido por los incendios,
con jadeos de leona,
tus pasos iba midiendo
prietos el puño y la boca.
¡Atardecer de noviembre,
borrón negro de la Historia!
Buenaventura Durruti,
¿quién conoció otra congoja
más amarga que tu muerte
sobre la tierra española.

Acaso estabas soñando
las calles de Zaragoza
y el agua espesa del Ebro
caminos de laurel rosa
cuando el grito de Madrid
cortó tu sueño en mal hora...
Gigante de las montañas
donde tallabas tu gloria,
hasta Castilla desnuda
bajaste como una tromba
para raer de las tierras
pardas la negra carroña,
y detrás de ti, en alud,
tu gente, como tu sombra.
Hasta los cielos de Iberia
te dispararon las bocas.
El aire agitó tu nombre
entre banderas de gloria
—canto sonoro de guerra
y dura canción de forja—.
Y una tarde de noviembre
mojada de sangre heroica,
en cenizas de crepúsculo
caía tu vida rota.
Sólo hablaste estas palabras

al filo ya de tu hora:
Unidad y firmeza, amigos;
¡para vencer hais de sobra!
Durruti hermano Durruti
jamás se vio otra congoja
más amarga que tu muerte
sobre la tierra española.
Rostros curtidos de cierzo
quiebran su durez de roca
como tallos quebradizos
hasta la tierra se doblan
hércules del mismo acero
¡Hombres de hierro sollozan!
Fúnebres tambores baten
apisonando la fosa.
¡Durruti, es muerto, soldados,
que nadie mengüe su obra!
Se buscan manos tendidas,
los odios se desmoronan,
y en las trincheras profundas
cuajan realidades hondas
porque a la faz de la muerte
los imposibles si agotan.
—Aquí está mi diestra, hermano.
calma tu sed en mi boca,

mezcla tu sangre a la mía
y tu aliento a mi voz ronca.
Parte conmigo tu pan
y tus lágrimas si lloras.
Durruti bajo la tierra
en esto espera su honra.
Rugen los pechos hermanos.
Las armas al aire chocan.
Sobre las rudas cabezas
sólo una enseña tremola.
Durruti es muerto. ¡Malhaya
aquel que mengüe su obra!

PASIÓN DE ASTURIAS

Vive Asturias ¡vive!, hermano.
Asturias es, ¡todavía!
Laten sus montés de noche,
la fiebre abrasa sus días
y escupe el cielo una ronca
tempestad de dinamita.

¡Ay, Asturias, quién te
morderte tu lengua viva
y afilar en tus pestañas
miradas como cuchillas!

Nutrido de sangre el odio
sube a las estrellas mismas
y el puño rompe las nubes
buscando a Dios.

Está aún viva
la entraña que parió a octubre;
viva está, caliente y viva
gestando esperanzas nuevas
dentro de amargas sonrisas.

Asturias, ¡ay!, que no quiebre
Tu alma de duras aristas.

*
**

Y a no te grita mi lengua,
Asturias, ya no te grita;
tus ocho letras me abrasan
la garganta y me lastiman
como ocho lenguas de fuego
en la carne de una herida.

Asturias toda milagro
de pasión, Asturias mía,
a tu propia muerte arrancas
gérmenes para la vida.
La entraña que parió a octubre
viva está, caliente y viva,
gestando esperanzas nuevas
dentro de amargas sonrisas.

¡Ay, que yo pudiera hallarme
dentro de tu entraña misma!